

*Discurso de investidura como Doctor “Honoris Causa” del
Excmo. Sr. Edmund Valpy Knox Fitzgerald
2 de diciembre de 2014*

Sr. Rector Magnífico de la Universidad Complutense

Excma. Decana de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

Excmas. e Ilmas. Autoridades

Claustro de Doctores de la Universidad

Miembros de la Comunidad Universitaria

Colegas y Amigos

El doctorado honoris causa es, sin duda alguna, la más alta distinción que el claustro de una Universidad puede conceder a un miembro del claustro de otra – sobre todo cuando las dos universidades son tan antiguas y tan distinguidas como la Complutense y Oxford: hijas ambas de la primera ilustración medieval del siglo 13 cuando recibimos del mundo islámico no sólo su propia sabiduría sino además la romana y la griega – por no decir quizás el concepto mismo de universidad como escuela avanzada, nacida bajo los arcos de sus nobles mezquitas.

Se entiende que con el doctorado honoris causa se premie a investigaciones que ponen de manifiesto el genio de su autor por haber introducido ideas nuevas e importantes en su campo del saber; o autores de obras literarias o artísticas que alumbran nuestro conocimiento del mundo y de nosotros mismos; o bien personalidades de la vida pública que han contribuido notablemente al bienestar de la humanidad.

Siempre me ha parecido que los economistas no entramos dentro de estas coordenadas y, desde luego, estoy seguro de no estar yo dentro de ellas. No obstante me siento honrado de recibir este doctorado en la ocasión del 70 aniversario de esta facultad que tanto quiero y que conozco desde hace 30 años. Me alegra poder dar las gracias a mi colega y amigo Carlos Berzosa por su laudatio tan generosa- de hecho en algunos momentos me preguntaba si Carlos hablaba de otro economista con el mismo apellido.

Como ha señalado Carlos, mi carrera profesional ha sido casi parroquial en cuanto a mi afiliación institucional (Oxford, Cambridge, La Haya y después de nuevo Oxford – un círculo de apenas 200 km de radio); pero ha sido muy internacional en cuanto a la investigación y la participación en el diseño de las políticas económicas ya que he trabajado como asesor económico en Perú, México y Nicaragua en América Latina y lugares aún más lejanos aún como las Maldivas y Camboya.

A lo largo de mi carrera profesional como economista – enseñanza, investigación o asesoramiento – me he preocupado con la agenda de la economía política clásica - la relación entre la acumulación y la distribución – en el contexto actual y utilizando las herramientas de la matemática y la estadística.

La acumulación en este sentido estricto se refiere no sólo a la inversión pública y privada (mi tesis doctoral en Cambridge trató de la teoría matemática de la inversión óptima en infraestructura), sino también al crecimiento y cambio estructural por un lado y la relación entre la distribución del ingreso y el comportamiento macroeconómico por el otro.

En este contexto clásico de Keynes y Kalecki, el tema de distribución no es sólo una de ingresos de los hogares, o incluso de la pobreza como tal; sino de la distribución funcional del ingreso entre beneficios, salarios y empleo por cuenta propia; y el impacto de los impuestos y el gasto público.

Sin entraren gran profundidad, lo que quiero decir por economía política aquí es lo que los economistas clásicos querían decir: el estudio de la producción y el comercio , y sus relaciones con la ley, la sociedad y el gobierno, así como con la distribución de la renta y de la riqueza nacional. La economía política en este sentido se originó en Inglaterra con como una rama de la filosofía moral. Fue

desarrollándose en el siglo 18 como el estudio de las economías de los estados o entidades políticas (“polities”), de ahí el término economía política.

En el siglo 19, la palabra “económicas” (economics) vino a sustituir a la economía política, bajo la influencia de Marshall y Jevons, cuando se aplicó una combinación de teoría liberal de la utilidad y los métodos matemáticos del cálculo marginal. Jevons abogó por la de “economics” en breve con la esperanza de convertirlo paulatinamente en el término “economic science” en paralelo con las ciencias exactas (en sus propias palabras - “the recognised name of a science”).

Mi trabajo como economista aplicado (“applied economist”) ha tenido lugar principalmente en los países en desarrollo con un sesgo hacia cuestiones de política económica – específicamente el diseño e implementación de “modelos alternativos” de la estrategia económica que permita una mayor autonomía nacional en un mercado global y con resultados más igualitarios en términos de ingresos, empleos y beneficios sociales.

Mi enfoque analítico se deriva directamente del enfoque teórico descrito anteriormente; y no pretende ser ciencia exacta sino algo mucho más artesano. Lo he aplicado sobre todo a países que enfrentan grandes desafíos donde modelos convencionales de funcionamiento macroeconómico son claramente inaplicables. Donde impera la incertidumbre sobre el riesgo; y el cambio estructural sobre la eficiencia.

En la práctica, esta visión me ha conducido a escribir sobre temas aparentemente muy diferentes; como son (i) políticas macroeconómicas heterodoxas para hacer frente a choques externos; (ii) las consecuencias del desarrollo económico de revoluciones socialistas periféricas; (iii) la inestabilidad financiera internacional y los impuestos globales; y (iv) las economías de conflicto y post-conflicto.

Para dar sólo un ejemplo : en mi propia investigación teórica de la macroeconomía intento reintroducir la distribución funcional de la renta - es decir, los salarios y los beneficios -y la naturaleza de las decisiones de inversión del sector privado (nacional y extranjero) en modelos de economías abiertas en desarrollo caracterizados por choques exógenos y la desigualdad aguda.

Una verdad notable en la cual me baso mucho de mi análisis es que los economistas financieros tienen una visión de cómo funcionan los mercados de capitales muy superior a la de los macroeconomistas, lo que permite integrar la inestabilidad en la demanda para los activos financieros y la aversión al riesgo; y especificar claramente la relación entre las tasas de interés nacionales e internacionales, y por lo tanto la determinación de la tasa de cambio independientemente de los flujos comerciales.

De hecho, el reconocimiento de estas realidades, los países que pueden crear el espacio político (a menudo mediante la reducción de la deuda) se "doblan el triángulo" de la gestión de la cuenta de capital con el fin de mantener los tipos de cambio estable (y estimular las exportaciones) y permitir que la política fiscal y monetaria activa con el fin para mantener el empleo y la inversión creciente; reduciendo así la vulnerabilidad externa.

Estas experiencias – tanto temáticas como geográficas – me han obligado a hacerme la pregunta: ¿Cómo deben y pueden comprometerse los economistas con las instituciones que gestionen la política económica que estudiamos?

Es que los economistas somos asesores natos, no sólo a las 'autoridades', sino también a la sociedad civil, que van desde los bancos a las organizaciones no gubernamentales. He tenido la suerte de asesorar a un amplio abanico de instituciones y puedo aseverar que sus necesidades no son tan diferentes como se suele pensar – y en verdad parecen mucho a los alumnos doctorales. Necesitan ayuda en descifrar la lógica de los pocos datos disponibles, las implicaciones de las acciones alternativas, y el impacto sobre distintos grupos sociales – es decir, requieren 'economía política' más que 'ciencia económica'.

En esencia la asesoría económica a alto nivel requiere ayudar a personas muy inteligentes y a veces poderosas en pensar lógicamente- como si fueran

economistas. Me ha tocado asesorar a ministros tanto en América Latina como en el Reino Unido; a instituciones internacionales como el PNUD o OCDE; y a ONGs como Oxfam o la Cruz Roja. Pero todas las reuniones terminan (si son productivas) en un especie de “tutoría” o diálogo socrático más que las recomendaciones de un ingeniero o los consejos de un médico.

Estas experiencias me han abierto puertas a datos y experiencias únicas: pero mi investigación académica siempre se ha generado desde la preocupación teórica o analítica – “curiosity driven research” como decimos en inglés. Siempre he evitado que mi agenda sea determinado por el cliente – sea gobierno o fundación o persona. La práctica permite validar o modificar las teorías; y aún más, suele generar conflictos con otros economistas, y por lo tanto otras teorías – lo cual es muy sano intelectualmente.

Mi experiencia en España ha sido de únicamente una de profesor universitario, nunca de asesor económico – pues sobran economistas españoles de alta categoría para estos menesteres. He tenido la suerte de participar en los congresos, aulas y sobremesas académicas desde hace 30 años, casi desde la transición a la democracia. Mi relación profesional con las universidades se ancla en esta ilustre Facultad, e incluye Bilbao, Santander, la UIMP, Sevilla, Santiago, Huelva, Cádiz y desde luego Córdoba.

Entiendo incluso por el encomio excesivamente halagador que una buena parte de la razón por la que he sido galardonado con este honor se debe a mi contribución a los debates académicos y la formación universitaria en España.

Encuentro un compromiso mayor entre los economistas españoles y la sociedad española que en mi Inglaterra – e incluso con la problemática internacional, sobre todo el subdesarrollo. Esto se debe en parte a la historia reciente de la Transición donde las opciones políticas reflejaban distintos modelos sociales y económicas. En cambio, el consenso británico (incluso durante los años ochenta) limitaba el debate sobre economía política en las aulas, e incluso allí el dominio neoclásico sobre el keynesianismo limitaba el contraste de modelos teóricos.

También parece que han influido tres factores más para que el caso español sea distinto al inglés: primero el hecho de que las ciencias económicas nacen dentro de las facultades de derecho mercantil en el siglo pasado, lo cual da un sesgo valioso de carácter ‘institucionalista’; en cambio en Inglaterra nace de la filosofía moral desde hace dos siglos, con mayor abstracción en la teoría de la utilidad por ejemplo.

Segundo, la universidad española tiene una vocación de cooperación internacional significativa, sobre todo con Europa y con América Latina, que la abre a otras corrientes teóricas y experiencias empíricas; la universidad inglesa se relaciona casi exclusivamente con la norteamericana.

Tercero, el estudiante español suele trabajar de día; llegando al doctorado con una amplia experiencia no solo laboral sino política; el estudiante inglés es más joven e inocente – casi monacal, en lo intelectual por lo menos.

Por lo tanto, que la relación entre la investigación y la asesoría en ciencias económicas sea distinta en los dos países no nos debe sorprender. Tengo la impresión sin embargo – si me permiten la crítica fraternal ya que soy miembro de vuestro claustro – que la tendencia española es de adaptar la asesoría y la investigación la agenda del cliente más que la inglesa. Quizás esto se debe a la falta de fuentes de fondos adecuados para la investigación teórica e independiente ('curiosity driven research') en España; o quizás al compromiso político más intenso del catedrático español.

Por lo tanto, en un momento cuando las universidades en nuestros los países están bajo presión fiscal y los gobiernos quieren que nos convirtamos en escuelas profesionales o empresas de consultoría al sector privado; debemos mantener vivo nuestro papel como voces críticas, la conciencia intelectual de la sociedad.

Mi experiencia durante la última década en Oxford, como decano y luego responsable en la rectoría para la planificación y evaluación de la investigación en ciencias sociales; me ha indicado qué los economistas académicos está

estrechamente vinculados a lo que es y puede ser en el mundo el papel de las universidades. Mi interés profesional ha sido intensificado por el hecho de que desde ahora la asignación de los fondos públicos para la investigación científica contiene una ponderación de 25% que se asigna al impacto socio-económico demostrable de la misma.

Lo que es más, desde hace tres años el gobierno británico no otorga ningún apoyo presupuestario a la enseñanza universitaria, obligándonos a elevar la matrícula a más de 10 mil euros por curso. Así que la única subvención que recibimos es para la investigación 'pura' en base a un concurso sexenal entre todas las universidades, lo cual Oxford espera recibir unos mil millones de euros para el periodo 2015 – 2020. Puesto de otra manera, de este total unos 250 millones depende de nuestra capacidad para comprobar que nuestra investigación tiene un impacto demostrable en la sociedad – que en las ciencias sociales es inevitablemente por la asesoría en alguna medida.

En 1810, hace más de doscientos años, Wilhelm von Humboldt (el hermano de Alexander von Humboldt geógrafo de América Latina) inspiró la creación de la Universidad de Berlín. Vislumbró una Universidad basada en tres principios: unidad de investigación y enseñanza, libertad de pensamiento, y autogobierno académico. La universidad "moderna" basada en los tres principios de Humboldt ha obtenido un notable éxito, proporcionando un modelo casi universal para la educación superior.

El entorno social altamente interactivo y libertad operativa de tales universidades ha estimulado una creatividad que se ha convertido en uno de los grandes centros empresariales del mundo moderno. De hecho, son uno de los agentes fundamentales que han hecho posible ese mundo. Ellas han sido ampliamente imitadas y podría decirse que son fuentes de pensamiento radical y de progreso social en las sociedades donde se han introducido.

En muchos países también las universidades se han convertido en las principales ubicaciones para la base de investigación científica nacional y han abierto el camino en el desarrollo de los conceptos transversales que son cada vez más vitales si queremos abordar muchos de los desafíos complejos a las sociedades nacionales y mundiales.

Sin embargo es importante recordar que a pesar de esta función social de asesoría, la Universidad sigue siendo una esfera donde los descubrimientos no se puede determinar de antemano y donde son profundamente imprevisibles: las consecuencias del encuentro entre una mente y la evidencia y entre las mentes de sucesivas generaciones diferentes. De hecho, es esta agenda independiente que permite asesoría de gran calidad.

Es cierto que la contribución fundamental de las universidades a la sociedad se encuentra en la creación de "conocimientos útiles" y participar con la sociedad en

su aplicación, pero la definición de utilidad se dibuja desde los gobiernos nuestros es a menudo demasiado estrecha y con una perspectiva temporal demasiado corta. Por lo tanto no estoy de acuerdo con el supuesto muy difundido actualmente (por lo menos desde Downing Street si no desde la Moncloa) de que el conocimiento útil es solamente aquel conocimiento inmediato que constituye la base para las tecnologías aplicables y habilidades conocidas y que el criterio primordial es la aplicación comercial.

La utilidad del conocimiento y las habilidades que la acompañan, son derivados de una capacidad más profunda que es insuficientemente acreditada por el gobierno y a menudo renunciado hasta por los mismos académicos muy que más deben apreciarla – muchos de ellos economistas.

Nosotros los académicos hemos contribuido desde mucho tiempo libremente nuestros conocimientos especializados o distintivos perspectivas a organismos públicos y a un público más amplio a través de conferencias, debate, discusión o rendimiento y como "intelectuales públicos", que se ocupan de una función pública para estimular el debate o el activismo social. Es parte del efecto "externalidad" de una universidad, profundamente arraigada en el papel fundamental que tienen las universidades en la creación de nuevos conocimientos y transmitiéndolo a sucesivas generaciones junto con el conocimiento que se ha acumulado por predecesores y que en cada generación es sometido a nuevas pruebas de verificación.

Las políticas públicas modernas que supuestamente son “evidence based” (basadas en la evidencia) requieren un acceso a una amplia gama de especialistas, muchos basados en las universidades y la disposición de los académicos a ser llamados para el asesoramiento y participación en el proceso de construir políticas económicas y sociales. La reputación de los académicos por su independencia es la base de su credibilidad y por lo tanto su función en este sistema moderna de administración pública.

Estos son retos y oportunidades a los que debe responder la Universidad con autoridad y positivamente, pero también con rigor y con cautela. Esta es nuestra conclusión después de analizar más de cien estudios de caso del impacto político, económico y social, a nivel nacional e internacional, de la investigación en ciencias sociales en Oxford desde el 2000. En suma, la asesoría debe basarse siempre en la investigación comprobada (“peer reviewed”) y nunca solamente en la reputación del catedrático.

Como he tratado de explicar, he estado comprometido con la ciencia económica, con la universidad independiente, y con el reto del desarrollo profesional durante toda mi vida. Mi primer doctorado en Cambridge abrió mi carrera profesional como economista; cuarenta años más tarde este mi segundo doctorado quizás la cierre.

Hace ocho siglos, Córdoba y su mezquita-universidad se perdieron para el mundo islámico, y poco después las Universidades de Alcalá y Oxford recibieron sus sendos estatutos reales. Sin embargo, tan fina ha sido la cuerda hilada por las diosas del destino que hace cincuenta años, en el mismo patio de naranjos de la Mezquita, a Angelines mi mujer le pidió la mano un joven universitario de Oxford. Esta es la verdadera razón porque hoy me siento tan humildemente orgulloso llegar a ser doctor honoris causa por la Complutense - la madre universitaria de mi país de adopción.

Muchísimas gracias.